

OAXACA: ENTRE EL REINO DE DIOS Y LA VIOLENCIA GENERALIZADA

Alejandro Solalinde

Nos estamos destruyendo. En México, actualmente, vivimos una etapa de relaciones rotas, envenenadas por intereses mezquinos, económicos y políticos, ausentes de Dios y también de humanidad. En unos cuantos años hemos pasado de ser hermanos o connacionales a ser amenazas los unos para los otros. Tenemos desconfianza del prójimo. Tenemos miedo del otro.

La etapa actual de violencia generalizada está causando insensibilidad entre nosotros y nosotras. Nos hemos acostumbrado a la represión, los homicidios, las desapariciones, las detenciones arbitrarias y las violaciones. Ahora nos parecen muy normales los niveles de violencia que tenemos en México. Pero no lo son.

Nos hemos vuelto un peligro para nosotros mismos. Agentes de violencia pasiva, activa, leve o grave. Y nos tenemos que preguntar: ¿qué estamos sembrando en los niños y niñas, en los y las jóvenes, para que las personas se puedan transformar en esas armas contra sus semejantes? ¿Por qué si El Creador nos hizo para ser compañía y para ayudarnos, ahora nos estamos agrediendo? En lugar de protegernos, de cuidarnos unos a otros, desconfiamos y tomamos distancia.

¿De dónde viene tanta violencia? ¿Cómo dejamos, de un día a otro, nuestra hermandad, nuestra solidaridad y nuestra empatía? ¿Cómo pasamos de ser hermanos a convertirnos en enemigos? ¿En qué momento se convirtieron mis hermanos en un arma contra mí? De nuevo, ¿de dónde tanta violencia?

Las causas de la violencia en México son muchas y muy diversas. En estas líneas hablaré sobre la violencia en Oaxaca, aunque también esgrimiré algunas reflexiones en torno a la violencia y la paz en México. Terminaré mi ensayo con una buena noticia para todos. Les hablaré sobre una posible forma de resolver la violencia. Parece que entre tanta mala noticia es posible vislumbrar una esperanza o un camino distinto que nos permita retomar el rumbo y volver a ser una comunidad en paz.

Pero empecemos por Oaxaca. En primer lugar, es fundamental señalar que dicho estado es uno de los más pobres del país. Además, se trata de una región con un alto porcentaje de población indígena. Oaxaca es un lugar olvidado por muchos gobernantes y explotado por diversas empresas trasnacionales, en especial compañías mineras. Se trata de un espacio donde la impunidad, la represión y la criminalización de la protesta social se han vuelto fenómenos comunes, normales, pero no por ello menos lamentables. Y esto va intensificándose porque cada día hay más motivos de descontento.

Los indígenas y campesinos de Oaxaca están olvidados. Viven en la pobreza extrema. La pobreza y el olvido son resultado de un sistema neoliberal capitalista que solo acelera los procesos de desigualdad social. El capitalismo provoca fenómenos como el de Oaxaca, en el que millones de personas se conforman con sobrevivir mientras unos cuantos acumulan y acumulan riqueza. Hemos construido un sistema de relaciones interpersonales en el que lo más importante es el poder y el dinero.

En Oaxaca una de las causas de la violencia es económica. Diversos intereses trasnacionales se han encargado de saquear minerales oaxaqueños y de deforestar los bosques. Las empresas no han sido detenidas en su abuso porque han sabido cómo y a quién comprar dentro de los gobiernos estatal y federal. Las corporaciones internacionales en esta entidad compran autoridades para obtener permisos de explotación, a pesar de no cumplir con los protocolos necesarios.

Las trasnacionales, en su afán de acumular riqueza, han logrado que las comunidades se confronten y se dividan. Las empresas están conscientes de que lo mejor para ellas es precisamente que el pueblo esté disperso,

dividido y enfrentado. Y esta estrategia económica, poco combatida por las instituciones encargadas de defender al pueblo oaxaqueño, es una de las causas de la violencia en el estado.

No es justo que en un México tan rico, con tantos recursos naturales, se siga concentrado de manera exorbitante la riqueza. Es increíble que teniendo un México tan rico, tengamos tantos millones de pobres. ¡Generamos un millón de pobres al año!

La violencia se relaciona, sin lugar a dudas, con la desigualdad, y vaya que Oaxaca es una región desigual con mucha gente pobre, olvidada y marginada. Oaxaca ha sido saqueada, deforestada y contaminada por las empresas trasnacionales. Y a cambio estas no han dejado sino pobreza, desigualdad y destrucción ecológica en la región.

Pero las corporaciones no son culpables de toda la violencia en Oaxaca o en México. La violencia de nuestro país también es ancestral, histórica, cargada de diversos eventos que, como mexicanos, todavía no hemos asimilado. Desde la época precolombina, pasando por la Colonia, el México independiente, la Revolución y el México posrevolucionario, debemos reconocer que no hemos aprendido a formar ciudadanía, civilizada y en paz.

El ciudadano mexicano ha sido alienado desde siempre, manejable. Las instituciones, a lo largo de toda la historia de México, no lograron formar personas conscientes, ilustradas, maduras. Es complicado que con un pasado así no se presenten fenómenos de violencia generalizada. No hemos aprendido a ser ciudadanos y eso se pone de manifiesto cuando nos enfrentamos entre nosotros en vez de ayudarnos, hacernos compañía y unir fuerzas para construir el país que queremos.

Además, las personas morales —es decir, las instituciones— han fracasado en su intento por construir la paz. Los gobiernos, en parte por la corrupción y en parte por la ineficacia, han dejado de evitar los fenómenos violentos. Así, la violencia en Oaxaca, y en todo el país, debe comprenderse también en su dimensión cultural. Ya estamos teniendo una cultura en la que la violencia se ha vuelto común; esta ya es parte de nuestras costumbres.

Como puede observarse, Oaxaca se ha convertido en un espacio donde la violencia es recurrente y generalizada. Y aún más grave: parecería que

dicho fenómeno de violencia tiene sus orígenes en la historia y la cultura mismas. Tenemos una violencia relacional permitida que, además, estamos transmitiendo. Estamos sufriendo un sistema de relaciones violentas.

Hemos generado un sistema de destrucción en el que poco a poco dejamos de lado a Dios. También nos hemos olvidado de construir valores humanos y espirituales profundos. En este mundo capitalista parecería que solo son importantes falsos valores como el dinero y el poder. Las luchas interminables por alcanzar una mayor riqueza y ascender en la esfera del poder también son una causa de la violencia desmedida y generalizada que se vive en nuestro país, con una desigualdad a la alza.

¿Qué podemos hacer ante una situación tan complicada? ¿Cuál puede ser el camino a seguir para detener esta dinámica que únicamente ha golpeado y lastimado familias enteras? ¿Qué acciones se pueden emprender para evitar que día a día cientos de jóvenes en todo el país sean asesinados o vean frustradas sus aspiraciones de una mejor vida?

Tal vez la respuesta para encontrar la paz ya nos fue dada hace dos mil años. En aquella época, un joven llamado Jesús de Nazaret hizo las cosas muy bien. Él presentó un proyecto a la humanidad que consistía, precisamente, en construir un sistema de relaciones interpersonales basadas en la confianza, el amor por el prójimo y el respeto por los demás. Jesús, hace dos mil años, le trajo al mundo una buena noticia. Nos enseñó que, si queremos, podemos construir el Reino de Dios en este mundo terrenal. Pero, ¿qué es el Reino de Dios? Es, en primera instancia, un sistema mediante el que las personas (físicas, morales, divinas o humanas) se interrelacionan y conviven en armonía, mediante un diálogo constructivo.

Cuando hablamos del proyecto de Jesús, del Reino de Dios, estamos hablando de una reconfiguración de las relaciones interpersonales. Primero, con Dios, reconociendo que Dios es el Padre y Madre de todas y de todos, independientemente del nombre que le pongamos. Después, es fundamental reconocer que todas y todos somos hermanos, nada más. Nadie tiene que estar por encima de los demás. Somos iguales en dignidad, aunque seamos diferentes en muchas otras cosas que constituyen nuestra original individualidad.

Para consolidar el Reino de Dios y así evitar fenómenos de violencia, nos dice Jesús, es muy importante someter al Poder y al Dinero. En el Reino de Dios nadie debe acumular bienes materiales innecesarios, nadie es propietario de lo que hay en la Tierra. Debemos reconocer que Dios es el único propietario. Nosotros solo estamos de paso en este lugar; solamente somos usuarios y administradores de este espacio y de los bienes que nos presta.

La ley del Reino de Dios prohíbe la acumulación de bienes. Reunir demasiadas cosas en una persona es prueba de que hemos sido malos administradores. Es tiempo de entender que no sirve de nada acumular riqueza. Debemos recordar que, al final, cuando llega el día de nuestra muerte, todo nuestro capital no sirve de nada. ¡Todo se queda!

Las relaciones interpersonales del Reino de Dios suponen interlocutores. Hay que conocer con quién nos vamos a relacionar. ¿Quién es Dios? ¿De qué Dios estamos hablando? ¿Qué tipo de ser humano nos consideramos? ¿Qué concepto tengo de las demás personas? ¿Cuál es mi opinión de las instituciones que, al final, son personas morales? ¿Cuál debe ser la función de esas instituciones en el Reino de Dios?

Las instituciones en este nuevo sistema deberán tener un rol fundamental, pues servirán para satisfacer las necesidades del bien común. Pero ¿a quién le pertenecen las instituciones? A nadie. Si yo considero que las instituciones deben servir al bien común, entonces no pueden ser propiedad de nadie individualmente; nadie puede manipularlas o usarlas a su antojo, sino que son medios de bien social, colectivo.

Las instituciones son indispensables, pero quien las maneja a veces puede utilizarlas para beneficiarse en perjuicio de todos los demás. Sin instituciones limpias, es decir, incorruptibles, difícilmente podremos consolidar el Reino de Dios aquí en la Tierra y reducir los índices de la violencia.

Pero las personas morales no deben servir nada más para ayudar al bien de todos y de todas. Además, las instituciones deben cumplir un rol de mediadores, de interlocutores. Es fundamental que el Estado privilegie el diálogo en cualquier conflicto. Se debe procurar el diálogo para resolver cualquier tipo de dificultad que surja en el Reino de Dios. Diálogo, es muy importante,

supone un esfuerzo de acercarnos, de escucharnos, de entendernos, de confiar en nosotros mismos para que de verdad tengamos frutos de paz.

Ese diálogo, en mi opinión, es el que faltó entre el gobierno federal y la Sección 22 de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) en la aprobación y aplicación de la reforma educativa. La falta de diálogo entre las partes llevó a que la controversia se volviera cada vez más complicada de resolver. Cuando no hay diálogo, entonces empieza la rigidez en las posiciones, comienzan las rupturas, la confrontación y, después, hay más violencia.

Lamentablemente, la ausencia de interlocución entre las partes, en gran medida generada por una cerrazón del gobierno federal, llevó a los trágicos hechos ocurridos el 19 de junio de 2016 en Nochixtlán, Oaxaca. Ahí, por lo menos seis personas perdieron la vida y cien resultaron heridas. Es una tristeza lo ocurrido en esta población, sobre todo porque las seis personas que murieron eran jóvenes. Una vez más vemos cómo la violencia ataca sobre todo a los jóvenes. En México, actualmente siete de cada diez homicidios son de jóvenes.

La reforma educativa no se discutió lo suficiente con los maestros ni con la academia. El diálogo nunca se dio. El día que se aprobó la reforma educativa había gente del magisterio protestando y pidiendo un diálogo con los senadores. Ese diálogo nunca se dio. El Senado estaba acordonado, amurallado. Los legisladores se escondieron en el recinto y no quisieron discutir con los maestros. La reforma educativa se aprobó al vapor por los tres partidos del pacto por México: PRI, PAN, PRD. Lo mismo ocurrió con la reforma energética.

Evidentemente, ante la ausencia de diálogo, es normal que surjan movimientos sociales de protesta como el que encabeza la Sección 22 de la CNTE en Oaxaca. Es lamentable, por cierto, que el gobierno federal esté tratando de desarticular el movimiento magisterial de la CNTE por medio de las armas, o acaso lo intente con otros métodos como ofrecer dinero. Por más que lo niegue ahí están las pruebas. Por más que lo nieguen, ahí está Nochixtlán.

La solución al problema con la CNTE es el diálogo. El diálogo es acuerdo, encuentro. Si hay buena voluntad, se tendrá el diálogo. No se puede seguir

imponiendo una ley a sangre y fuego. ¿Por qué hay que enviar miles de gendarmes cada vez que un maestro va hacer una evaluación? ¿Por qué imponer una reforma con más violencia? ¿Por qué usar armas para evaluar a los docentes? ¿Por qué intentar estrategias para disolver estructuras de resistencia del movimiento magisterial?

Es necesario para el bien de México solucionar el problema de la violencia, en todas sus posibles manifestaciones. Las propuestas de paz son muy importantes. Las víctimas —todo México ya es una víctima— tienen que ser las que nos ayuden a construir la paz. Debemos construir una armonía social duradera. Es momento de reencontrarnos con la concordia y la conciliación.

Para acabar con la violencia tenemos que reeducar y reeducarnos en las relaciones con los valores humanos y espirituales, privilegiar el diálogo como una ruta de paz en una escucha amorosa, desprejuiciada, construir la confianza, volver a ser comunidad. Nos estamos volviendo individuales. No nos reconocemos como familia.

Tenemos que ayudarnos unos a otros, cobijarnos. No vale la pena superarse uno sin las comunidades. Es tiempo de volver a poner en el centro de todo a lo social por encima de lo individual. Primero está el bien común y después el bien individual. Es momento de construir el Reino de Dios. Es momento de creer, de esperanzarnos, de pensar en verdad que otro México es posible. Los derechos humanos son la ruta a seguir en la práctica. Vivimos en un país que reconoce los derechos humanos en el papel, pero falta practicarlos hasta volverlos cultura.

El estado de Oaxaca es rico en culturas, en recursos naturales, en lugares hermosos, comida y tiene gente maravillosa; sin embargo, es una de las tres entidades más rezagadas y empobrecidas de la República. Sus gobernantes han robado lo que han querido sin entender la urgencia de brindar atención a la justicia, la superación de la pobreza y sobre todo a la paz. El pueblo oaxaqueño posee una enorme capacidad artística y musical, es místico, muy espiritual. Casi cada gobernador ha dejado deudas y una ola de represión. ¿Cuándo será el tiempo de paz para este pueblo de Oaxaca?

